

# Montaigne

## sobre la imaginación y las manifestaciones autonómicas de ciertos órganos

Texto compendiado y anotado por Larios Manrique



**F**ortis imaginatio generat casum<sup>1</sup> dicen las gentes disertas. Yo soy de aquellos a quienes la imaginación avasalla: todos ante su impulso se tambalean, y algunos dan en tierra. La impresión de mi fantasía me afecta sobremanera, y pongo todo esmero y cuidado en huirla, por carecer de fuerzas para resistir su influjo. De buen grado pasaría mi vida rodeado sólo de gentes sanas y alegres, pues la vista de los males del prójimo me angustia materialmente, y con frecuencia hago más las sensaciones de un tercero. El oír una tos continuada irrita mis pulmones y mi garganta; me es más difícil visitar a los enfermos cuya salud deseo que a aquellos cuyo estado no me importa mayor cosa; en fin, yo me apodero del mal que veo y lo guardo dentro de mí. No me parece maravilla que la sola imaginación produzca las fiebres y la muerte de los que no saben refrenarla. Hallándome en una ocasión en Tolosa en casa de un viejo pulmoníaco, de abundante fortuna, el médico que le asistía, Simón Thomas, facultativo acreditado, hablando con el enfermo sobre

1 Una imaginación robusta engendra por sí misma los acontecimientos.

los medios que podían emplearse para curarle, le propuso darme ocasión para que yo le hiciese compañía; que fijara sus ojos en la frescura de mi semblante y su pensamiento en el vigor y alegría en que mi adolescencia rebosaba, y que llenase todos sus sentidos de tan floreciente estado; así, decía el médico al enfermo, por la influencia de mi imagen su situación podría cambiar, pero olvidábase de añadir que el mal podría comunicarse a mi persona. Galo Vibio aplicó tan bien su alma a la comprensión de la esencia y variaciones de la locura que perdió el juicio; de tal suerte que fue imposible volverle a la razón<sup>2</sup>.

A la fuerza de imaginación atribuyen algunos las cicatrices del rey Dagoberto y de san Francisco. Otros el que los cuerpos se eleven de la tierra<sup>3</sup>. Refiere Celso que un sacerdote levantaba su alma en éxtasis tan grande, que su cuerpo permanecía largo tiempo sin respiración ni sensibilidad. Verosímil es que el crédito que se concede a las visiones, encantamientos y otras cosas extraordinarias provenga sólo del poder de la fantasía, la cual obra más con especial fuerza en las almas del vulgo, por ser más blandas e impresionables. Tan firmemente arraigan en ellas las creencias, que creen ver lo que no ven.

Yo me inclino a pensar que los maleficios de que tanto se habla hoy en día<sup>4</sup> no son otra cosa que el resultado de la aprensión y el miedo. Por experiencia sé que cierta persona, de quien puedo dar fe como de mí mismo<sup>5</sup>, en la cual no podía haber sospecha alguna de debilidad ni encantamiento, habiendo oído relatar a un amigo la debilidad que había sufrido cuando más necesitado se hallaba de vigor y fortaleza, encontrándose en parecida ocasión, el horror de esa historia asaltó de pronto su imaginación e hízole correr una suerte parecida. De entonces en adelante

- 
- 2 Que estos fenómenos son frecuentes lo muestra la abundancia de chistes populares sobre psiquiatras contagiados por sus pacientes. Ejemplo de la contaminación contraria es la trama, usada en cine y novela, del hospital psiquiátrico tomado por los locos, que encierran y ponen camisas de fuerza a médicos y enfermeros. Una reedición del caso Galo Vibio, pero con resultados afortunados, es el surgimiento de una moderna escuela psicoanalítica inspirada en el pensamiento y la sintaxis de los paranoicos.
  - 3 Para el freudismo, los milagros de levitación remiten simbólicamente a las partes eréctiles del cuerpo humano, en especial al órgano aludido por Montaigne, en este orden de ideas el más milagroso.
  - 4 Montaigne se refiere a los nudos mágicos, hechos en una tira de cuero, algodón o seda, que tienen el propósito de impedir el acto sexual —y en efecto lo impiden cuando se sospecha el maleficio.
  - 5 Seguramente el mismo Montaigne.

experimentó repetidas veces tan desagradable accidente, porque el importuno recuerdo de la historia le agobiaba y tiranizaba constantemente. Pero encontró remedio en otro recurso de la imaginación: y fue que, confesando y declarando de antemano la calamidad que le amarraba, aflojóse la contención de su alma. Al dar por cierta su imposibilidad, debilitóse el sentido de obligación y la preocupación dejó de pesarle.

La desdicha de que hablo no debe temerse sino en los casos en que nuestra alma se encuentre extraordinariamente embargada por el deseo y el respeto, y también allí donde todo lo allane la facilidad y la urgencia precisa. Yo sé de algunos a quienes les fue útil satisfacerse en otra parte para calmar los ardores de su furor, y otros que por la edad se muestran menos impotentes precisamente por ser menos potentes.

Hacen mal las mujeres en adoptar continente melindroso de contrariedad; eso nos debilita, empeorando las cosas. Decía la suegra de Pitágoras que la mujer que se acuesta con un hombre debe, con su saya, dejar también la vergüenza y tomarla de nuevo con las enaguas<sup>6</sup>. El alma del varón, intranquila por alarmas diversas, piérdese fácilmente; aquel a quien la imaginación hizo sufrir una vez tal percance (no acontece esto sino en los primeros ayuntamientos, por lo mismo que son más ardientes y rudos; y también porque en el primer conocimiento se teme más fallar), habiendo empezado mal, ve su espíritu alterado por el accidente y se torna aprensivo, por lo que el mal persiste en las ocasiones subsiguientes.

Los casados, como tienen por suyo todo el tiempo, no deben buscar ni apresurar el acto si no están en disposición de realizarlo. Preferible es no precipitar el estreno de la cópula nupcial, situación llena de agitación y fiebre, y aguardar ocasión más propicia y menos revuelta, para no arriesgar la desesperación que acarrea un primer fracaso. Antes de la posesión debe el paciente de cuando en cuando hacer ensayos sin acalorarse ni extremarse para asegurarse así de sus fuerzas. Y aquellos que gozan de miembros dóciles por naturaleza, que procuren por imaginación contenerse.

Con razón se ha advertido la indócil rebeldía de este órgano, que se insinúa y entromete importunamente cuando no lo requerimos, y desfallece, más importunamente aun, cuando



<sup>6</sup> Montaigne, en su matrimonio, nunca trató de poner en práctica este consejo (¿quién, que se aplique lo que predica, puede tener cabeza para seguir predicando, pensando?). Según cuenta él mismo, jamás vio desnuda parte alguna del cuerpo de su mujer.

tenemos necesidad de lo contrario. Tan imperiosamente se resiste a nuestra voluntad que rechaza con altivez y obstinación indomables tanto nuestras solicitudes mentales como las manuales. No obstante que se censura su rebelión y por ello se le condena, si estuviese yo encargado de defender su proceder acaso acusara a otros órganos corporales, socios suyos, de haber conspirado contra él y de hacerle cargar con la responsabilidad de una culpa en realidad común, todo por envidia de la importancia de su función y de las dulzuras de su ejercicio. Considerad, si no, si hay siquiera una sola parte de nuestro cuerpo que no se oponga con frecuencia a la determinación de nuestra voluntad. Cada parte tiene sus pasiones propias que la despiertan o adormecen sin nuestro consentimiento. ¡Cuántas veces declara nuestro rostro los pensamientos que guardamos secretos y nos traiciona ante las personas que nos rodean! La causa misma que vivifica el órgano de que hablamos anima también, sin que nos demos cuenta de ello, el corazón, el pulmón y el pulso; la vista de un objeto grato esparce imperceptiblemente en nosotros la llama de una emoción febril. Nuestros músculos y venas se tensionan o se relajan sin licencia de nuestra voluntad y de nuestro mismo pensamiento. No ordenamos a nuestros cabellos que se ericen ni a nuestra carne que se estremezca ante el deseo o el temor; la mano hace con frecuencia lo que no le ordenamos que haga, y la lengua enmudece y la voz se apaga cuando se les antoja<sup>7</sup>. En ocasión en que no tenemos viandas ni agua a nuestro alcance no podemos evitar que las reacciones físicas del apetito se produzcan, como tampoco podemos evitar que el apetito nos abandone de manera caprichosa. Ocurre lo mismo que con el otro apetito de que hablábamos; las ganas nos asaltan o nos abandonan cuando se les antoja.



7 Si bien la defección del órgano generador se destaca por su carácter escandaloso y su ostensible dramatismo, los hechos físicos que contradicen la voluntad consciente del individuo son de muy diverso orden, como bien lo muestra Montaigne cuando “inculpa” a otros órganos considerados más dóciles, como la mano o la voz. Los mensajes de estos órganos pueden tener también notables efectos. Margarita prefirió morir antes que dejarse rescatar por la mano fría y húmeda de Fausto, signo que desmentía el amor. Sócrates, captando la impostura de su propia voz, se detenía en medio de una frase y rectificaba su discurso, obedeciendo a lo que él llamaba su demonio. ¿Está la verdad del individuo en la voluntad que él afirma conscientemente, de acuerdo con sus pretensiones y valores? ¿O en la “voluntad” de su cuerpo, siempre irrefutable y que a menudo vale por un desmentido? ¿O, en fin, más bien en ese “drama de voluntades”?

Los órganos que sirven para descargar el vientre se dilatan o contraen por sí mismos, e igualmente los que desocupan los riñones. Lo que san Agustín escribe, para mostrar la omnipotencia de nuestra voluntad, de haber conocido a alguien que ordenaba a su trasero expeler tantos pedos como quería, y que Vives, glosador del santo, apoya con otro ejemplo de su época, diciendo que algunos tienen la facultad de expeler ventosidades siguiendo un determinado tono<sup>8</sup>, no supone una especial obediencia del trasero, pues en general puede decirse que no hay órgano más impertinente y tumultuario. Sé de uno tan turbulento y rebelde que lleva ya cuarenta años obligando a su dueño a peer constante e incesantemente, y que le llevará así al sepulcro<sup>9</sup>. ¡Y a Dios pluguiera que yo no supiese de ello sino por las historias de otras épocas! ¡Cuántas veces la contención de nuestro vientre nos lleva al borde de la tumba! ¡Cuantísimas veces, por oponernos a la salida de un solo pedo, nuestro vientre nos pone en la inminencia de la muerte más angustiosa! De otra parte, el emperador que nos dio libertad absoluta de peer en todas partes<sup>10</sup> no nos hubiera podido otorgar parecidamente la facultad de hacerlo cuando lo tuviéramos por conveniente.

Pero nuestra voluntad, en nombre de la cual se condenan esas particulares rebeliones, podría ella misma ser acusada de rebelión y sedición en muchos puntos. ¿Quiere en toda ocasión lo que desearíamos que quisiera? ¿No sucede muchas veces que anhela aquello que le prohibimos, precisamente porque nos daña? ¿Acaso se deja conducir por los principios de nuestra razón? En conclusión diré, en beneficio de mi defendido, que me place considerar que su causa está inseparable e indistintamente unida a la de un conjunto de partes; y sin embargo, solamente él carga con los vidrios rotos, acusándosele

8 Un ejemplo notable de esta facultad es el famoso Pedómano que a principios del siglo XX, en elegantes establecimientos parisinos, amenizaba las cenas —sí, las cenas— con sus conciertos de ventosidades.

9 Posiblemente, Montaigne se refiere de nuevo a su propio caso. —*Pet* y *peter* son los términos empleados por Montaigne. Curiosamente, *Le Petit Larousse* dice del sustantivo *pet* que es término familiar y del verbo *peter* que es vulgar. No hemos podido saber qué tan groseros sonaban en tiempos de Montaigne.

10 Según Suetonio (*Los doce Césares*), el emperador Claudio ideó un edicto que permitía eructar y ventosear en su mesa (*latum crepitumque ventris inconvivio emittendi*) porque supo de un convidado que estuvo a punto de morir por haberse contenido en su presencia. El mismo Claudio se aligeraba por doble vía; después de hartarse de manjares y bebidas, se acostaba con la boca abierta para que por ella le introdujeran una pluma.

con argumentos y cargos tales que, vista la condición de las demás partes, no pueden concernir a dicho miembro. Ello muestra la animosidad y la ilegalidad de los acusadores<sup>11</sup>.

De todos modos, protestando que los abogados y jueces pierden el tiempo al emitir quejas y formular sentencias, la naturaleza seguirá la marcha que le acomode y habrá obrado justamente dotando a este miembro de un privilegio particular, como agente de la única obra inmortal entre los mortales. Sócrates consideraba la generación como acto divino, y el amor como deseo de inmortalidad y espíritu inmortal. ☞

---

11 Todo hombre sueña con la docilidad de sus órganos –sueño ingenuo, pero inevitable, como el de la inmortalidad. Stendhal, en sus “Privilegios” (enumeración de los deseos que pediría a un mago), anota: “Artículo 3. La mentula dura y móvil como el dedo índice, siempre que se desee”. Pedir que la mentula se comporte como una manifestación directa de la voluntad es querer reducir la realidad psicológica a un solo plano, vivir según nuestras pretensiones (según nuestra vanidad, para usar un término caro a Stendhal), fanfarronear, simular, mentir y mentirnos impunemente, etcétera.